

ESTUDIOS

[ALIENACIÓN Y VALOR DEL TIEMPO]

Sergio R. Jara Díaz

Profesor Titular. Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas
Departamento de Ingeniería Civil
Universidad de Chile

RESUMEN

Tras presentar la noción de valor subjetivo del tiempo y su relación con el trabajo y el ocio, el autor muestra la forma en que nuestra organización social interviene en tal relación. Para ello, describe la evolución de la alieneación del individuo, desde ser una característica del trabajo en el capitalismo temprano, hasta convertirse en mecanismo de funcionamiento del sistema en su madurez, invadiendo las actividades cotidianas.

"La acción que realiza, que quiere realizar (el hombre), desea hacerla lo más rápidamente para obtener el máximo de paga; quiere hacerla mejor y en consecuencia utiliza lo mejor de sus facultades; es libre cuando hace eso y, cuando lo hace, está al mismo tiempo totalmente alienado. Es en lo mejor de su libertad en lo que está más profundamente alienado."

Jean-Paul Sartre, 1960.

"Time is money: el tiempo es un maní"

Les Luthiers

Vivimos una época en la que la velocidad pareciese tener mérito en sí, y en la que decir que "no se tiene tiempo" se ha convertido en signo de posición social. La siesta y la fiesta serían despreciables, así como la conversación y la lectura. ¿Será que estamos tratando de hacer más cosas para trascender a través de nuestras obras? Esta explicación a la Simone de Beauvoir no parece adecuada. Para convencerse, basta mirar el nivel y contenido de las discusiones públicas, los programas populares en la televisión, e incluso la literatura local, que ha adquirido un tonillo de liviandad que debería intranquilizar a quienes preocupan la independencia intelectual de este colectivo al que llamamos país, nuestro país.

Por otra parte, la esperanza de vida al nacer de los chilenos es del orden de setenta y tres años y nos dicen que el ingreso per capita ha aumentado hasta alcanzar unos cinco mil dólares anuales; es decir, las estadísticas muestran que, generacionalmente, disponemos en promedio de más tiempo de vida que nuestros antecesores y tenemos acceso a una mayor cantidad de bienes y servicios. Como nunca en la historia, disponemos de aparatos que nos permiten asignar nuestro tiempo en forma más eficiente: videograbadores, teléfonos

celulares, hornos microonda, controles remotos, correo electrónico. Y, sin embargo, el apuro nos corroe. Pero no es ésta una paradoja novedosa.

Hace más de veinte años, el escritor Michael Ende recibió el Deutscher Jugendbuchpreis por su libro "Momo", subtulado "la extraña historia de los ladrones del tiempo y de la niña que devolvió el tiempo a los hombres". La gran virtud de la niña Momo era saber escuchar, lo que de alguna manera significa regalar a quien se escucha con nuestro tiempo. La labor destructiva de los ladrones del tiempo consistía en convencer a los habitantes de la inutilidad de una serie de acciones. Por ejemplo, convencer al peluquero de conversar menos con sus parroquianos, con lo cual disminuyó el tiempo de atención. Y convencieron a todos de "ahorrar tiempo", fruto de lo cual empezó a disminuir en forma drástica la comunicación entre ellos y a aumentar una vaga sensación de desasosiego e infelicidad. Esta historia, nacida de la sensibilidad de un escritor en el hemisferio norte hace un cuarto de siglo, empieza a pertenecernos. Parece necesario hablar del valor del tiempo.

El tiempo en la Microeconomía.

El valor del tiempo es, en términos microeconómicos, un artefacto a través del cual se intenta captar el equivalente monetario de la disminución, en una unidad, del tiempo necesario para realizar una actividad. Cuando esta equivalencia captura la percepción individual, se habla del valor subjetivo del tiempo o disponibilidad a pagar. Si se nos pidiese una explicación intuitiva acerca de por qué preferiríamos, como parte de un esquema normal de actividades, demorarnos menos en el viaje diario a o desde el trabajo, probablemente llegaríamos a una conclusión que no por trivial deja de ser relevante: un viaje más breve podría permitirnos dormir más, desayunar más relajados, leer el diario, conversar con la familia, o trabajar más, entre otras posibilidades. En todos los casos se trata de sustituir parte de una actividad como el viaje por otra más placentera o útil.

Si agregásemos a lo anterior el carácter endógeno (individual o familiar) de algunas decisiones relativas a la asignación de tiempo a actividades, como por ejemplo el trabajar más o menos o adquirir un vehículo propio, nuestro comportamiento observado podría ser entendido como una superposición de lo deseable con lo factible. En términos más precisos, de las muchas cosas que nos gustaría hacer, el tipo y cantidad de actividades realizadas durante un período están limitadas por la duración del mismo (por ejemplo, un día) y por el grado de acceso a los bienes y servicios necesarios para realizarlas (nivel de ingreso monetario).

Esta forma de aproximarse al problema de la asignación de tiempo a actividades tiene una historia en la literatura microeconómica, en términos de modelos analíticos formales que llevan no más de treinta años de evolución. Como se verá, este tipo de enfoque no está diseñado para entender los motivos tras la

asignación observada de tiempo, es decir, no tiene por objeto explicar por qué un individuo hace lo que hace dentro de lo que tanto el tiempo como el ingreso disponible permiten. Nuestra intención es describir la evolución de este marco analítico para luego discutir el rol de las preferencias, deseos o gustos, en la medida en que responden a la formación social en la que el individuo se inserta, con particular énfasis en lo que sucede aquí y ahora.

El nombre que recibe la rama de la economía que se ocupa del comportamiento doméstico de los individuos, no puede ser más apropiado al Chile de hoy: la teoría del consumidor. Bajo este enfoque, el individuo es interpretado como un buscador de satisfacción personal dentro de los límites impuestos por la disponibilidad personal de bienes y servicios. Hasta fines de los cincuenta, el nivel de satisfacción (utilidad, en el léxico de la disciplina) fue planteado como dependiente del nivel de consumo y, por lo tanto, la única restricción presente era representada por el nivel de ingreso. En el año 1965, Gary Becker publicó un artículo en el que introdujo el tiempo en el marco anterior mediante un argumento que, sin cambiar la esencia del modelo, se hizo cargo de una limitación importante del mismo, cual es la ausencia del tiempo de consumo.

La idea central de Becker fue la de mirar los bienes disponibles en el mercado como instrumentos para adquirir lo que otorgaría real satisfacción: los "bienes finales". Así, un abrigo es una forma de mantener calor y un plato de comida es una forma de adquirir sabor, proteínas y vitaminas. Bajo este enfoque, los bienes finales requieren de dos insumos para ser efectivamente gozados: bienes de mercado que los contengan o que sean necesarios para generarlos, y tiempo de adquisición, preparación y consumo. La cantidad de bienes a adquirir tienen un límite dado por el poder adquisitivo, y los tiempos de consumo (más el de trabajo) tienen un límite dado por los ciclos biológicos.

Sin embargo, Becker señaló también una relación de dependencia entre las dos restricciones, cuyo elemento central es el tiempo de trabajo remunerado. Efectivamente, si el salario unitario (por hora) fuese un dato, a mayor cantidad de horas de trabajo, mayor poder adquisitivo pero también menor disponibilidad de tiempo de consumo. Sobre esta base, Becker sostuvo que ambas restricciones eran en realidad una sola, ya que se dispondría de un ingreso máximo posible (todo el tiempo dedicado al trabajo) y, por lo tanto, el costo del consumo de bienes finales tendría dos componentes: el gasto en los bienes de mercado necesarios, y el salario que se deja de percibir al substituir trabajo por tiempo de consumo. Y he aquí que aparece una primera noción, muy precisa, del valor del tiempo, ya que todo tiempo asignado al consumo tiene como contrapartida (en este modelo) la disminución del tiempo de trabajo y, por lo tanto, un costo igual a la disminución del poder adquisitivo; luego, el valor monetario equivalente del tiempo asignado a cualquier otra actividad no remunerada (ocio, en la literatura) sería exactamente igual al salario que se deja de recibir.

Este enfoque recibió una crítica importante en los años siguientes,

particularmente desde la entonces naciente literatura relacionada con la valoración del tiempo de viaje. En lo medular, esa crítica estuvo centrada en la omisión del tiempo de trabajo como fuente directa de satisfacción ("utilidad") o de insatisfacción. Efectivamente, si fuesen los bienes finales la única fuente de satisfacción directa, y éstos están directamente determinados por los montos de bienes de mercado y tiempo asignados a ellos, el mayor tiempo de trabajo sólo afectaría indirectamente el nivel de "utilidad" a través del mayor acceso a los primeros y la menor disponibilidad del segundo. Pero es evidente que, si el trabajo adicional proporcionase placer independientemente del consumo de bienes finales, el costo (percibido) de aumentar el tiempo de ocio sería mayor que el salario unitario; lo contrario ocurriría si el trabajo adicional fuese molesto.

La omisión del tiempo de trabajo como potencial fuente de (dis)satisfacción, fue puesta de manifiesto por Johnson (1966) y Oort (1969) en forma explícita. Posteriormente, en el año 1971, DeSerpa hizo un desarrollo bastante más complejo analíticamente, en el cual incluyó dos aspectos conceptuales y uno formal que lo distinguen del de Becker. El primero es la inclusión del tiempo de trabajo en la función de utilidad y el segundo es el reconocimiento explícito de relaciones entre las cantidades de bienes de mercado consumidas y tiempos mínimos necesarios para ese consumo. El aspecto formal consistió en el abandono paulatino del término "tiempo de consumo" para adoptar el de "actividad". La inclusión de esos requerimientos mínimos de tiempo para un nivel dado de bienes de mercado tampoco es una cuestión trivial, ya que la substitución de tiempo de trabajo por tiempo dedicado a la actividad que usa ese bien, será más relevante en la medida en que el individuo esté asignando exactamente el tiempo mínimo necesario (tiempo obligado).

El aporte de DeSerpa fue importante en el sentido de entregar una visión teórica que inducía la necesidad de distinguir entre actividades, al menos entre aquellas que podrían catalogarse como de puro placer y aquellas que tienen el carácter de obligatorias, pero que serían suprimidas si ello fuese factible. El aumento en la asignación de tiempo a una de estas últimas (debido a factores exógenos), significa necesariamente la disminución del tiempo asignado a otra actividad más placentera o al trabajo. En el primer caso, hay una disminución de satisfacción; en el segundo caso, puede haber tanto una disminución de ingreso (y, por lo tanto, de bienes y utilidad) como una variación directa de satisfacción por agrado o desagrado en el trabajo.

Con estos antecedentes, no es de extrañar que apareciese en 1972 el primer marco teórico que postuló el tiempo dedicado a toda actividad como fuente directa y exclusiva de satisfacción, dejando a los bienes como elementos necesarios para realizar las actividades. En ese artículo su autor, Alan Evans, desafió abiertamente la omisión del tiempo de trabajo en la función de utilidad por parte de Becker, y desarrolló un modelo muy elegante para describir el comportamiento del consumidor. En él, la utilidad depende sólo de las actividades realizadas; además, reconoce una función que transforma esas

actividades en bienes necesarios para su realización y otra función que relaciona actividades entre sí (ambas novedosas). De esta manera, la restricción de ingreso proviene del gasto en esos bienes necesarios y la restricción de tiempo es la usual. Si bien puede resultar extraño que este enfoque no haya alterado la forma tradicional de mostrar la teoría del consumidor (utilidad dependiendo del nivel de consumo), cabe señalar que ni el mismo Evans fue todo lo consistente con su propio desarrollo cuando posteriormente lo aplicó a la modelación del uso del suelo en áreas urbanas.

Así, el potencial acercamiento de la teoría microeconómica hacia los factores causales del comportamiento no se produjo con el énfasis que se podría haber esperado. Sin embargo, es justo señalar que en la última década ha habido al menos un par de intentos de recuperar formalmente la idea de mirar el comportamiento económico del individuo sobre la base de actividades. Ellos están contenidos en los artículos de Juster (1990) y Winston (1987), aunque con distintas orientaciones y énfasis. Por una parte, Winston trata de formular un marco para describir e interpretar la secuencia de actividades a lo largo de un período, en tanto que Juster actúa directamente sobre el marco conceptual prevaleciente.

A pesar de lo anterior, la necesidad de considerar lo que el individuo **hace** se ha mantenido presente al menos en un rubro del análisis microeconómico asociado al quehacer doméstico: la economía del hogar. En este tipo de literatura lo relevante ha sido tratar de introducir elementos de decisión individual relacionados con el trabajo en el hogar, como por ejemplo el rol de electrodomésticos en la confección de alimentos y el aseo de la vivienda, o la división del trabajo al interior de la unidad familiar (ver, por ejemplo, la interesante revisión de Gronau, 1986). Una de las mayores dificultades que se enfrenta en esta área es la falta de información precisa y confiable. Una de las excepciones la constituye precisamente el caso de los viajes urbanos.

Debido a la necesidad de predecir y planificar el funcionamiento del sistema de transporte, se ha recolectado información relativa a viajes cada vez con mayor detalle. Parte de esta información ha sido usada para modelar decisiones "discretas", como por ejemplo la del modo de viajar. En este tipo de decisiones, el tiempo de viaje (en el vehículo, de acceso a él o de espera del mismo) juega un rol central, al igual que otros aspectos cualitativos como confiabilidad, seguridad o comodidad. Por esta razón, las restricciones de tiempo e ingreso son ineludibles de considerar. Probablemente debido a ello, se ha rescatado los enfoques tipo Evans para deducir modelos más estrictos y relevantes (e.g. Jara Díaz, 1998), aunque se sigue aceptando implícitamente el enfoque de Becker o parte de él como base teórica implícita (e.g. Train y McFadden, 1978, o Jara Díaz y Farah, 1987).

Es a partir de estos modelos de elección discreta que se ha podido calcular valores subjetivos del tiempo de viaje o, lo que es equivalente, la disponibilidad a

pagar por disminuir el tiempo de viaje en una unidad. Los resultados obtenidos en viajes al trabajo en áreas urbanas como Santiago y Concepción revelan dos características importantes: la valoración del tiempo de viaje es muy superior al salario unitario líquido, y los tiempos de caminata y espera son valorados al doble y cuádruple, respectivamente, del tiempo de desplazamiento en el vehículo (Ortúzar, 1994). Estos valores son bastante altos (relativos al ingreso) según estándares internacionales.

En síntesis, y según lo discutido, esa alta disponibilidad a pagar reflejaría dos componentes: el valor monetario del agrado de disminuir el tiempo de viaje en sí, y el valor monetario de la utilidad de poder dedicar ese tiempo a otra actividad. Esta segunda componente tiene, a su vez, alternativas; ellas son la de realizar actividades remuneradas o no remuneradas. Las remuneradas permiten incrementar el consumo de bienes y servicios y, además, pueden ser o no placenteras en sí. Las no remuneradas tendrán algún impacto sobre la utilidad individual; entre éstas, debe incluirse la posible realización de trabajo adicional no remunerado. ¿Qué es entonces el valor del tiempo? ¿Es el valor subjetivo del ocio o el del trabajo? Según la visión microeconómica, si el individuo puede ajustar sus actividades, lo hará de manera tal de equilibrar ambos valores, ya que si así no fuese variaría los montos relativos de tiempo asignado hasta igualarlos. Obviamente, habrá casos en que esto no será posible debido a montos mínimos necesarios. Por ejemplo, el aumento del tiempo de viaje podrá disminuir sólo las actividades de ocio en el caso de un esquema fijo de trabajo.

Como se dijera, la teoría económica no ofrece explicaciones al placer o desagrado que una actividad provoque, aunque permita medir con cierta precisión la valoración monetaria de tal asignación de tiempo. Para construir explicaciones acerca de por qué tal valoración es alta o baja, se debe tratar de entender lo que hay tras las percepciones del tiempo (sin olvidar la percepción del dinero). En lo que sigue, nos dedicaremos al menos a lo primero.

Trabajo y ocio en la sociedad capitalista dependiente.

El tiempo cronológico es una referencia patrón que no necesariamente coincide con la forma en que cada uno de nosotros lo captura. Basta cronometrar la duración de las intervenciones de cada uno de los oradores en una reunión, y luego preguntar cuánto cree que se demoró, tanto al orador como a quienes le seguían en el uso de la palabra, para darse cuenta de que se tiende a subestimar la duración de la propia intervención y a sobrestimar la de los demás. La posición de observador neutro, observador interesado, o de actor en un cierto evento parece modificar la percepción del tiempo. La diferente valoración de los tiempos de espera o de movimiento en un vehículo, tiene su base en este tipo de fenómenos, considerando que la espera es un intervalo vacío separado del término esperado y que el viaje está activamente ligado al fin (ver, por ejemplo, el artículo de Piaget y Meylan-Backs). Por otra parte, el acceso es caminata (trabajo, en general indeseado) y el viaje permite otras acciones potencialmente

placenteras (leer, oír música, conversar).

La forma de participación en la acción tiene relación con la percepción del tiempo de trabajo. En este sentido, Piaget plantea dos aspectos. Primero, que un trabajo realizado con interés parece más corto y uno realizado con fastidio parece más largo. Segundo, que a igualdad de interés, hay una evaluación por el resultado. Pero en estas observaciones sigue quedando de lado el por qué un trabajo podrá ser de interés, o cómo afecta el resultado. Es en este punto en el que cobra importancia el contexto social en el cual se realiza trabajo u otras actividades.

Tal vez la primera pregunta relevante sea en qué medida el comportamiento y las percepciones subjetivas están influidas por el entorno social. En esto juega un rol central la manera en que cada uno de nosotros internaliza o interpreta lo que ocurre a su alrededor (en su familia, en su trabajo, en el país, etc.), y cómo percibe su propio rol en esa historia. Si bien tales interpretaciones parecen ser tantas como individuos hay, existen elementos comunes que constituyen una forma colectiva dominante de ver las cosas. Al respecto, es evidente que, en ausencia de represión física directa, los elementos compartidos de la representación del mundo deben ser aquellos que contribuyen a la supervivencia del tipo de organización social existente; si así no fuese, habría cambio social o represión abierta. Este conjunto de valores, ideología dominante (Althusser) o carácter social (Fromm), no es producto de la casualidad ni resulta de la suma de percepciones aisladas. Por el contrario, tiene un rol importante en la estabilidad de un sistema social, de manera tal que los mecanismos de difusión, mantención y estímulo de las actitudes afines a esos valores, adquieren relevancia, sobre todo en aquellos sectores de la población que no gozan de las ventajas de tal sistema; de aquí la importancia de los medios de comunicación (y de su propiedad).

Como el deseo de disminuir el tiempo dedicado a una cierta actividad está comandado por las ventajas relativas (percibidas) de realizar otras, y en promedio estas percepciones responden a la estabilidad del sistema, el análisis del valor del tiempo requiere entender la formación social de esas preferencias y el carácter específico que adquieren en cada caso de interés. Es particularmente relevante entender la relación entre las características sociales y el trabajo como fuente directa de agrado o desagrado.

Una sociedad como la nuestra tiene dos características estructurales : propiedad privada de los medios de producción (extendiéndose aceleradamente a las esferas de la educación y la salud), y dependencia económica. En la sociedad capitalista contemporánea, la percepción del ocio y del trabajo está básicamente dominada por el tipo de relación que los hombres hemos llegado a establecer con el producto de nuestra labor. En el capitalismo temprano, "... el trabajador se relaciona con el producto de su trabajo como un objeto ajeno...cuanto más se gasta el trabajador en su trabajo, más poderoso se vuelve el mundo de los objetos que crea frente a si mismo, más pobre se vuelve en su vida interior y

menos se pertenece a si mismo"...en consecuencia, no se realiza en su trabajo sino que se niega, experimenta una sensación de malestar más que de bienestar, no desarrolla libremente sus energías mentales y físicas sino que se encuentra físicamente exhausto y mentalmente abatido." "... {su trabajo} no es la satisfacción de una necesidad, sino sólo un medio para satisfacer otras necesidades."

No deja de ser sorprendente que estas afirmaciones de Carlos Marx en 1844, relativas al carácter **alienado** del trabajo en el capitalismo, puedan servir de argumento para defender parte de la formulación antes descrita de Gary Becker, un economista de Chicago. En efecto, si el trabajo es sólo un medio, el tiempo dedicado a él es relevante sólo en la medida en que provee dinero para el consumo. Pero en la teoría económica hoy también se postula que tanto el consumo como las actividades serían fuente de satisfacción (aunque el primero pueda ser visto como una dimensión cualitativa de las segundas). Con respecto a esto, la relación entre trabajo, consumo y ocio en la sociedad actual ha sido propuesta en forma sintética por Horkheimer en una carta a Lowenthal en 1942 (citada por Jay, 1973), en la cual sostiene que "hacer y consumir han llegado a ser idénticos en esta sociedad. Los mecanismos que gobiernan al hombre en su tiempo de ocio son absolutamente los mismos que aquellos que lo gobiernan cuando trabaja. Yo iría tan lejos como decir que aun hoy día la clave para entender el patrón de comportamiento en la esfera del consumo es la situación del hombre en la industria, su horario en la fábrica, la organización de la oficina y el lugar de trabajo. El consumo tiende a desvanecerse. ¿O debería yo decir que comer, beber, observar, amar, dormir, se tornan "consumo", porque consumo ya significa que el hombre se ha vuelto máquina tanto fuera como dentro del lugar de trabajo ?"

Nuevamente es asombrosa cierta coincidencia entre esta observación y la idea de equilibrio en el valor del tiempo de ocio y de trabajo, propia de la economía marginalista. En cualquier caso, pareciera que estamos frente a un callejón sin salida como especie, ya que al trabajo alienado le seguiría el ocio alienado. Sin embargo, hoy muchos individuos desafiarían el calificativo de alienado en la relación que existe entre ellos y su trabajo, ya que habría genuino placer en las labores elegidas (vocación del académico o del artista, por ejemplo). En este punto cabría una posible generalización: si lo alienante radica en la lejanía entre el producto del trabajo y el individuo que lo genera, tal característica debería desaparecer si se percibiese el resultado concreto de lo hecho como un todo que nos pertenece (un artículo de investigación o una pintura, por ejemplo). En esta dirección, Skinner (el padre del conductismo) sostiene que el comportamiento del artesano está reforzado por las cosas que él produce, en tanto que el obrero no ve como resultado sino un salario semanal (que él llama "reforzador artificial"). La figura contemporánea del adicto al trabajo podría ser esgrimida como un contraejemplo generalizado a la idea de trabajo alienado. Tal noción fue acuñada en el hemisferio norte (workaholic originalmente) y hace referencia al presunto goce del trabajo a un extremo tal que el individuo dedica prácticamente todas sus

energías a él. Y si lo hace en ausencia de imposiciones monetarias y a expensas del tiempo de ocio, sería una elección libre que reflejaría, en el lenguaje de la microeconomía, una utilidad marginal del trabajo positiva. Sin embargo, el consumo de tranquilizantes, de alcohol y de variados instrumentos de evasión (incluyendo la vida social superficial), pareciese indicar algo diferente, probablemente patológico. Veamos cómo explicar esta aparente paradoja.

Si la forma de mirar y apreciar lo que hacemos comienza a ser reemplazado por la medida externa de lo que hacemos, es decir, por la imagen que se da al poseer, al ser conocido, o al ser temido, el trabajo y las actividades en general se transforman en medios de obtener riqueza, fama o poder; el comportamiento afín no refleja sino la internalización de la necesidad de ser reconocido en esas dimensiones. En palabras de Marcuse, pasan a ser necesidades biológicas en el sentido de un proceso "en el cual las inclinaciones, los patrones de comportamiento y las aspiraciones se convierten en necesidades vitales que, si no son satisfechas, causarían disfunción al organismo"... "Si las necesidades biológicas son definidas como aquellas que deben ser satisfechas y por las cuales no se puede obtener un sustituto adecuado, ciertas necesidades culturales pueden asentarse en la biología del hombre."

El mecanismo descrito transforma la alienación en algo más general que lo que sugiere el capitalismo temprano, ya que el trabajo (sus frutos) deja de pertenecernos al transformarse en un medio para satisfacer necesidades socialmente inducidas. Desde este punto de vista, el adicto al trabajo, en la búsqueda sin fin de la recompensa impersonal impuesta socialmente, no es sino la contrapartida laboral del "consumidor consumiéndose a si mismo". Y la estabilidad del sistema se confunde con la aparente estabilidad individual, ya que debemos comportarnos según las expectativas de la sociedad en que vivimos, comportarnos razonablemente, como los demás, para ser comprendidos y aceptados. Si el producto del placer creador del artista o del académico es mediatizado y medido por el mercado o el número de artículos, de forma tal que la medida reemplaza al contenido, estamos en presencia de un mecanismo alienante. Al aceptarlo, al ser domesticados, nos transformamos a su vez en el más eficaz instrumento de domesticación.

Si bien los mecanismos de asentamiento de los valores funcionales a la supervivencia del sistema económico imperante, son complejos, seguir caminos que otros ya han transitado tiene sus ventajas desde un punto de vista analítico, ya que puede resultar interesante observar las actitudes en sistemas parecidos. Se podría mirar, por ejemplo, lo que sucedió en etapas anteriores en países capitalistas desarrollados, en particular, en aquel cuya cultura parece traspasarnos con más facilidad. La descripción que hace Christopher Lasch de la vida en Norteamérica en la década de los setenta es particularmente útil; allí, la personalidad autoritaria (de la cual había que liberarse en la década de los sesenta) habría sido reemplazada por la personalidad narcisista, acosada no por la culpa, sino por la ansiedad, y caracterizada por una falta de interés en el

futuro, debida parcialmente a la falta de interés en el pasado. Se habría perdido la sensación de continuidad histórica.

Según Lasch, el norteamericano de los setenta (el narcisista) depende de los demás para validar su autoestima, necesita de una audiencia de admiradores, o bien debe acercarse a quienes ostentan fama, poder o carisma, para no caer en la inseguridad; necesita ser más admirado que estimado, más envidiado que respetado. "Inundado de ansiedad, depresión, un vago descontento y una sensación de vacío interior, el hombre psicológico del siglo veinte... busca tranquilidad de ánimo, en condiciones cada vez más adversas para ello." Es notable que Lasch describa la cultura norteamericana de los setenta como caracterizada por un intenso miedo a envejecer y a la muerte, o por una percepción alterada del tiempo que "ha transformado los hábitos de trabajo, los valores y la definición de éxito". Pareciera estar describiendo una realidad más cercana, y nos hace recordar que hace poco llegamos a ser los campeones mundiales en el consumo de tranquilizantes por habitante.

En una sociedad como la nuestra, en que el capitalismo más descarnado ha impregnado prácticamente todas las esferas de la vida social en un período de veinte años, también pesa en la explicación conductual aquello que podríamos llamar la tradición. En nuestro caso, esa tradición tiene sus raíces en la cultura latinoamericana, donde convergen los procesos europeos de modernización y el carácter ritual de la herencia indígena. Esto último estaría originado en el modelo de la naturaleza, asociado a los ciclos naturales afines a sociedades agrícolas o recolectoras, cuya temporalidad se identifica con la estacionalidad. Según Morandé, esta temporalidad convive con aquella dada por la interpretación de los sucesos históricos, postulando a la primera como más importante que la segunda (importada y superpuesta); "por ello es que los acontecimientos históricos que se celebran entre nosotros, son el motivo de una fiesta ritual". El rito cíclico y la tradición oral ciertamente configuran una percepción del tiempo muy distinta a la determinada por una representación histórica de los acontecimientos y a la documentación escrita. El evidente conflicto entre el apuro y el productivismo, por un lado, y la conversación, la siesta y la fiesta, por otro, puede ser interpretado en los términos recién descritos. Y, dado el altísimo grado de influencia objetiva y subjetiva del hemisferio norte sobre nuestra economía y costumbres, es probable que Chile constituya una excepción en Latinoamérica y que sea el modernismo importado quien domina en términos de percepciones temporales.

La sospecha esbozada en el párrafo anterior ha recibido cierta sustentación empírica, como la aportada por Jara Díaz y Romero (1992). Allí se reporta un análisis comparativo entre muestras de estudiantes chilenos, brasileños y norteamericanos, en términos de diversas formas de percepciones temporales como, por ejemplo, las diferencias de tiempo cronológico a partir de las cuales se considera adelanto, atraso o inasistencia a diversos tipos de compromiso (cita, reunión con un profesor, almuerzo con amigo, etc.). Los resultados en los

estudiantes chilenos revelan más cercanía a los norteamericanos que a los brasileños, e incluso reflejan sistemáticamente la mayor preocupación por la puntualidad y la mayor conciencia temporal a través de menores tolerancias de atraso, adelanto y cumplimiento. Interesante es, sin embargo, que lo declarado como efectivamente hecho, refleja una marcada discriminación entre tipos de compromiso en la actitud temporal real tanto de chilenos como de brasileños; no es el caso de los norteamericanos, que mostrarían no discriminar fuertemente en su grado de puntualidad. Por último, se reporta las diferencias en la estimación y la lectura del tiempo cronológico (lectura de relojes), revelando resultados casi iguales entre norteamericanos y chilenos, y muy inferiores a los de nuestros vecinos brasileños. En síntesis y en promedio, nuestros estudiantes parecen ser tan puntuales y conscientes del tiempo como los norteamericanos, pero discriminan según el tipo de actividad como los brasileños, reflejando una percepción relativa del tiempo que marca la diferencia con los muchachos de Norteamérica, para quienes un minuto es... un minuto. Pero esto fue hace siete años.

La evidente superficialidad imperante en el país es perfectamente compatible con la noción de vida intensa que hoy se tiene, representada por un gran número de actividades realizadas en un período determinado. En esta noción, lo intenso es afín a lo rápido y, por tanto, a lo superficial. Por otra parte, concebir lo intenso como lo profundo, lo meditado, nos lleva a asociar intensidad con lentitud. En su novela "La Lentitud", Milan Kundera postula un vínculo secreto entre la lentitud y la memoria, y entre la velocidad y el olvido, ilustrándolo con la figura de un hombre que camina por la calle, intentando recordar algo cuyo recuerdo se le escapa y que, mecánicamente, afloja el paso; quien intenta olvidar un incidente penoso de reciente ocurrencia, acelera el paso para alejarse rápido de algo cercano en el tiempo. No debe ser casual que nuestra velocidad de acercamiento a una parada de bus sea normal, en tanto que el transbordo entre líneas del Metro de Santiago se realice más bien corriendo, como una asociación con un medio tradicional y lento, en el primer caso, y con uno moderno y rápido en el segundo. En una época en que futuro y pasado se desvanecen, la superficialidad es afín a la rapidez y a lo que la representa.

¿Pobres y acelerados?

La imagen de un chileno pobre tirado en un sillón mirando una teleserie, el fútbol o el tenis, después de una jornada de trabajo, larga por necesidad, no parece comparable a la de un chileno rico que viaja a Las Bahamas después de un año de trabajo, intenso por necesidad. Hay uno que parece frustrado por los resultados obtenidos, pero se olvida momentáneamente del mundo entrando en otro mundo. Y hay otro que parece disfrutar de los resultados obtenidos, y olvida como los logró entrando en otro mundo. Ambos trabajan para satisfacer sus necesidades. "Nuestro sistema debe crear personas que satisfagan sus necesidades ; que deseen consumir cada vez más ; ...que se sientan libres e independientes... ", y que, a la vez, luchen por su salario, que programen cada

minuto de su tiempo en el trabajo y fuera de él. "El tiempo se ha convertido en nuestro tirano. Sólo en nuestras horas libres pareceríamos tener cierta elección. Y aún así usualmente organizamos nuestro ocio tal como organizamos nuestro trabajo. O nos rebelamos contra la tiranía del tiempo siendo absolutamente holgazanes. Haciendo nada excepto desobedecer las demandas del tiempo, tenemos la ilusión de ser libres cuando en realidad sólo estamos en libertad condicional de nuestra prisión del tiempo."(Fromm, 1976).

La alienación ha evolucionado desde ser una característica del trabajo en el capitalismo en pañales, a una necesidad de supervivencia del sistema en su madurez. Trabajo y ocio alienados configuran un panorama espeluznante, puesto que, si bien nos gustaría disminuir el tiempo de trabajo indeseado, sus características ya han permeado la organización del tiempo libre, que habría que llenar con muchos centros comerciales y actividades afines. ¿Será posible revertir este ciclo sacando fuerzas de flaqueza, estimulando el ocio creativo que podría devenir en revolucionario? Tal vez hay formas estructurales de organización del trabajo que pudiesen contribuir a la liberación. Si el trabajo alienado es una actividad mediatizada normalmente por el dinero, por la amenaza del hambre en los casos más extremos, el salario garantizado podría contribuir a la desalienación, al permitir no sólo el gozo despreocupado del trabajo creativo, sino la asimilación de nuevos conocimientos para prepararse para el desempeño de una nueva ocupación más gratificante. Obviamente, esto es absolutamente impensable en el Chile de hoy (y no sólo aquí), donde pareciese que hasta los menos afortunados en términos de ingreso estuviesen convencidos de las enormes ventajas de la competencia en el trabajo, pues permite cambiarse rápidamente de empleador si la paga es mejor. El salario asegurado suena tan absurdo que ni siquiera podría ser calificado de utópico.

Probablemente sería un buen ejercicio introducir a Tomás Moro a los jóvenes, para que sepan de primera fuente lo que es una Utopía de verdad. Una isla sin alienación descrita a mediados del Siglo XVI. Pero su lectura podría presentar un problema serio en este país, y es más bien un problema subliminal cuantitativo. Me llamó la atención que Moro nunca mencionara el tamaño de Utopía (número de habitantes). Sin embargo, habla de su organización política, entregando información que permite obtener el tamaño mínimo (remítase el lector al libro segundo): la isla tiene 54 ciudades, cada ciudad tiene 200 Filarcas o magistrados, cada uno de los cuales es elegido por 30 familias, las que tienen un número no inferior a 42 miembros. He omitido toda información cuantitativa irrelevante para mi cálculo, y he reordenado la información para mayor claridad. Es evidente que el tamaño mínimo de Utopía está dado por la multiplicación de todas las cantidades anteriores, que arroja un total de 13.608.000 habitantes, casi exactamente el tamaño de este país. Nocivo, sin duda: podría ocurrírsele a alguien que éste es el lugar y el momento de resolver las contradicciones fundamentales...

En una entrevista publicada en 1978, Herbert Marcuse sugirió que "el capitalismo

crea necesidades que no puede satisfacer. Más concretamente: bajo la presión para el aumento de la productividad del trabajo han de mobilizarse todos los medios y recursos con el fin de asegurar la reproducción ampliada del capital. El resultado es la constante producción de bienes de consumo con un despilfarro creciente de energía y materias primas."..."la enorme riqueza y las mayores posibilidades de goce se compran a cambio de la explotación intensificada y del trabajo alienado. A la larga esta contradicción no puede ni ocultarse ni suprimirse. El capitalismo produce la imagen de una sociedad liberada de la miseria, la tristeza y el miedo; pero no puede realizarla." Cuando en Santiago nos cuesta respirar, cuando crece el parque automotriz a razón de un diez por ciento anual pero nos demoramos más en el viaje al trabajo, cuando hemos reemplazado actividades bucólicas por otras más intensas y comerciales, cuando accedemos a la ayuda doméstica mecanizada y tenemos nuestro comunicador portátil pero no tenemos tiempo para comunicarnos, y cuando todo esto convive con la miseria, es que no sólo llegaron los ladrones del tiempo. Nos hemos convertido en ellos y nos cuesta verlo y aún más aceptarlo. Y el valor del tiempo sube y seguimos tratando de ahorrarlo...

Referencias

Althusser, Louis (1970) **Ideología y aparatos ideológicos del Estado**, Ediciones Quinto Sol, México.

Becker, G. (1965) A theory of the allocation of time. **The Economic Journal** 75, 493 - 517.

DeSerpa, A. (1971) A theory of the economics of time. **The Economic Journal** 81, 828 - 846.

Ende, Michael (1973) **Momo**. Santillana.

Evans, A. (1972) On the theory of the valuation and allocation of time. **Scottish Journal of Political Economy**, Febrero, 1-17.

Fromm, Erich (1965) La aplicación del psicoanálisis humanista a la teoría de Marx. En **Humanismo Socialista**, comp. por E. Fromm, Paidós, Barcelona, 1984.

Fromm, Erich (1976) **To have or to be**. Harper and Row, New York.

Fromm, Erich (1981) **Sobre la Desobediencia y Otros Ensayos**. Paidos, Buenos Aires.

Fromm, Erich (1983) **El Amor a la Vida**. Paidos, Buenos Aires.

Gronau, R. (1986) Home production - a survey. En **Handbook of Labor**

Economics, Vol. 1, O. Ashenfelter y R. Layard, eds. North Holland, 273 - 304.

Habermas, Jurgen, y otros (1980) **Conversaciones con Herbert Marcuse**. Gedisa, Barcelona.

Jara-Díaz, S. R, (1998) A general micro-model of users' behavior: the basic issues. En **Travel Behavior Research : updating the state of play**, J. de D. Ortúzar, D. Hensher y S. Jara-Díaz, eds. Pergamon, Oxford .

Jara-Díaz, S.R. y M. Farah (1987) Transport demand and user's benefits with fixed income : the goods / leisure trade - off revisited. **Transportation Research** 21B, 165 - 170.

Jara-Díaz, S.R. y C. Romero (1992) Valoración subjetiva del tiempo: transporte, trabajo y ocio en Santiago. En **Tecnología y Modernidad en Latinoamérica**, comp. por Eduardo Sabrovsky. Hachette, Santiago.

Jay, Martín (1973) **The Dialectical Imagination**. Little, Brown and Company, Boston.

Johnson, B. (1966) Travel time and the price of leisure. **Western Economic Journal**, Spring, 135 - 145.

Juster, F.T. (1990) Rethinking utility theory. **The Journal of Behavioral Economics**, 19, 155-179.

Kundera, Milan (1995) **La Lentitud**. Tusquets, Barcelona.

Lasch, Christopher (1979) **The Culture of Narcissism : American life in an age of diminishing expectations**. Warner Books, New York.

Marcuse, Herbert (1968) **La Agresividad en la Sociedad Industrial Avanzada**. Alianza, Madrid, 1971.

Marcuse, Herbert (1969). **An Essay on Liberation**. Beacon Press, Boston.

Marcuse, Herbert (1973). **Contrarrevolución y revuelta**. Joaquín Mortiz, México, 1973.

Marx, Carlos (1844) Manuscritos económicos-Filosóficos. En **Marx y su Concepto del Hombre**, Erich Fromm, Fondo de Cultura Económica, 1962.

Moro, Tomás (1938) **Utopía**. Marymar, 1980.

Morandé, Pedro (1992) Desafíos culturales de la modernización de América Latina. En **Tecnología y Modernidad en Latinoamérica**, comp. por Eduardo

Sabrovsky. Hachette, Santiago.

Oort, C. (1969) The evaluation of travelling time. **Journal of Transport Economics and Policy**, Septiembre, 279 - 286.

Ortúzar, Juan de Dios (1994) **Valor del Tiempo para Evaluación de Proyectos**. P. U. Católica-Fondecyt, Santiago.

Piaget, Jean, y Marianne Meylan-Backs (1965) Comparaciones y operaciones temporales en relación con la velocidad y la frecuencia. En **La Epistemología del Tiempo**, comp. por J. Piaget y otros. El Ateneo, 1971.

Sartre, Jean-Paul (1960). **La Conferencia de Araraquara**. La Oveja Negra, Colombia, 1987.

Skinner, B. F. (1978) **Reflexiones sobre Conductismo y Sociedad**. Trillas, México, 1982.

Train, K. y D. McFadden (1978) The goods / leisure trade-off and disaggregate work trip mode choice models. **Transportation Research** 12, 349 - 353.

Winston, G.C. (1987) Activity Choice: a new approach to economic behavior. **Journal of Economic Behavior and Organization** 8, 567 - 585.